

## *La Herencia de Moctezuma*

### *I) Los mitos y sus funciones: recordatorios elementales*

Cualquier persona mínimamente razonable y sensata entiende que la situación que prevalece en el mundo – caracterizada por una apropiación y distribución absurda de la riqueza producida por el trabajo de millones de seres humanos, por asimetrías sociales radicalmente injustas que se dan tanto entre países como al interior de los mismos, por diferencias brutales en los niveles de consumo, por posibilidades de desarrollo individual totalmente desproporcionadas entre élites y el grueso de la población mundial – se sostiene en el plano del pensamiento y de las ideas sólo por un proceso permanente de embrutecimiento ideológico. Obviamente, el objetivo de este embrutecimiento es el debilitamiento y la anulación de un cierto número de aspiraciones legítimas y de valores que yo llamaría ‘naturales’. En un plano individual, tengo en mente objetivos como el desarrollo personal de facultades y habilidades, deseos de vida segura y libre, de felicidad familiar; en un plano colectivo y político me refiero más bien a metas como la autonomía y en general la salvaguarda de los intereses nacionales. Ahora bien, un resultado sorprendente del proceso embrutecimiento colectivo al cual estamos todos sometidos es que no sólo es el grueso de las personas a quienes hay que mantener distraídas, acalladas, silenciadas y apáticas que se ve afectado, sino que también quienes descaradamente se ven beneficiados por la situación prevaleciente terminan por creerse sus propias mentiras, inclusive sabiendo de entrada que toda su verborrea política paralizante está basada en desinformación, engaños, tergiversaciones y demás. Así, es perfectamente comprensible que un presidente como el nuestro pueda genuinamente sentirse convencido de que su labor primordial como presidente consiste en propiciar la venida de capitales extranjeros, siempre y necesariamente pauperizantes, antes que luchar por los intereses supremos del país. Así, por ejemplo, la idea de privatizar los remanentes de la riqueza nacional ya no es un mero sueño, sino una promesa que se hace abiertamente. Culmina entonces el proceso de idiotización ideológica: los dirigentes de un país se ponen declaradamente al servicio de otros intereses que los nacionales. En verdad, si de ellos dependiera hasta palabras como ‘nacionalismo’, ‘nacionalista’ o ‘nacionalización’ quedarían proscritas. Esto amerita unas cuantas palabras.

Un mito ideológico es una tesis, a primera vista irrefutable, fraguada por medio de categorías que, por pasar por indispensables, nunca se aclaran. Las categorías que ahora se usan como opio ideológico son nociones como “democracia” (¿son realmente democráticos los procesos políticos en México?), “libertad” (¿cree la gente que podemos decir lo que realmente pensamos?), “libre empresa” (¿son las inversiones de delincuentes organizados representativas de la

libre empresa?) o “inversión” (¿son los capitales golondrinos inversión genuina y benéfica para un país?), colándose de cuando en cuando algunas otras de tinte más abiertamente político, como “derechos humanos”, noción universalmente aclamada más nunca debidamente aclarada (¿nos podría dar alguno de nuestros ilustres juristas una lista de nuestros “derechos humanos”?). En la actualidad, hay múltiples mitos ideológicos en circulación, tan dañinos y odiosos unos como otros. La función de dichos mitos es moldear el pensamiento de la gente, encauzarlo por determinados diques conceptuales de manera que el ciudadano siga viviendo como lo hace, pero sin quejarse, aceptando su realidad como una fatalidad divina pero, sobre todo, manteniéndose inactivo, pacificado, por así decirlo, domado. Naturalmente, los slogans a través de los cuales el mito es difundido se van adaptando a las circunstancias. Por ejemplo, una vez destruido el socialismo real, los enemigos automáticamente dejaron de ser los socialistas y los comunistas y pasaron a ser los “terroristas”, queriendo esto decir simplemente todos aquellos que prácticamente, de uno u otro modo, se oponen al oprobioso sistema imperante.

Desde el punto de vista de su generalidad, el mito ideológico más embrutecedor y engañoso es quizá la tesis de que la economía y la política son no sólo lógicas, sino factualmente independientes. Este mito, como todos los demás, es simple y llanamente una mentira de graves repercusiones en todas las dimensiones de la vida social. Otro mito de fácil penetración es la idea de que la apropiación de bienes nacionales por parte del estado automáticamente significa que ya no hay libre mercado. Empero, si nos fijamos, de inmediato advertimos que simplemente no hay conexión entre una y otra cosa. Una empresa estatal puede cotizar en la bolsa, vender a comprar acciones, invertir, etc. Otro de los grandes mitos que se ciernen sobre nuestras cabezas es que lo que le conviene a una trasnacional le conviene también a la población autóctona. Esto último es una descarada patraña, que sería muy útil desmantelar de una vez por todas, si bien desafortunadamente no es este el lugar para intentar hacerlo. Lo que en todo caso debe quedarnos claro es que ello prácticamente nunca es así. Las empresas buscan el lucro y éste se logra a expensas de las poblaciones, de las masas trabajadoras a quienes supuestamente acarrean bienestar. Asimismo, está el mito de que expropiar bienes nacionales significa que no hay seguridad jurídica. Esto es una falsedad del tamaño del universo. Hasta España tiene leyes que le permiten al estado intervenir cuando la seguridad nacional está en peligro. Es de telarañas mentales como estas que tenemos que aprender a liberarnos.

Obviamente, la función del mito imperante es desacreditar, nulificar, acabar con la verdadera ideología de una sociedad, con el pensamiento libre y crítico, para lo cual es menester desplazar y desprestigiar toda clase de categorías rivales. Esto no es banal, porque nuestro pensamiento se articula precisamente a través de las nociones que se empleen. Nuestro panorama mental, nuestra concepción del mundo se dibuja e ilumina, por así decirlo, por medio de ellas. Carecer de algunas, por lo

tanto, significa que ciertos panoramas no serán nunca contemplados. Preguntémosnos: ¿qué categorías fueron expulsadas del léxico ideológico mexicano? ¿Qué canales de pensamiento están *de facto* prohibidos para el ciudadano mexicano? La respuesta es simple: nociones como “nacionalismo”, “patriotismo”, “nacionalización”, “autonomía”, “populismo” (dicho sea de paso, una bella noción mancillada por toda clase de locutorzuelos, periodistas, pseudo-intelectuales u demás), “independencia”, “soberanía” y muchas otras como esas. Todos en la actualidad entendemos que no es de buen gusto traerlas a colación y son los medios de comunicación los que se encargan de silenciarlas. Pasemos ahora a la presentación de hechos.

## II) *Hechos simples*

Hace algunos días nos despertamos con la estupenda noticia de que la presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner, había “nacionalizado YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales). Obviamente, la buena nueva no nos cayó de sorpresa. La decisión ya se veía venir, por múltiples razones (depredación ambiental, exportación de capitales, falta de inversión en Argentina, ausencia casi total de exploración de nuevos yacimientos, etc.). Lo que hizo el gobierno argentino fue expropiar el capital español mayoritario invertido en dicha compañía. El gobierno argentino se quedó con el 51% de las acciones, pero dejó el 49 % de ellas en manos de capitalistas argentinos. El resultado de esa maniobra política es que el gobierno argentino puede ahora reactivar y supervisar las inversiones de la empresa, detener la exportación masiva de capitales hacia España, volver a generar trabajo en Argentina y hacer de YPF una empresa lucrativa, todo eso y más sólo que ahora **para beneficio en primer lugar de la República Argentina**, signifique eso lo que signifique. Es obvio que la rapacidad de Repsol era exactamente la misma que la de los bancos españoles en América Latina: todas esas empresas no hacen otra cosa que saquear los países, unos explotando al máximo los recursos naturales y otros extrayendo todo el dinero posible de los bolsillos de los cuenta habientes. Repsol lo hacía con el petróleo y el gas argentinos, de los cuales obtenía pingües ganancias que nunca reinvertió en Argentina, sino que sistemáticamente las exportaba a una maltrecha España (dominada también por mitos como los mencionados y peor aún). Lo que se sabe es que Repsol hizo drásticos recortes de personal y, como la inmensa mayoría de las grandes empresas trasnacionales, entró en multitud de prácticas de corrupción, abiertamente dañinas para la nación argentina y desde luego con la cooperación de los eternos traidores, oportunistas, “vivales”, ambiciosos de toda índole, etc., nacionales, que nunca faltan. La nacionalización, sin embargo, le puso un término a ese ominoso estado de cosas. Obviamente a los españoles no les gustó en lo más mínimo la saludable decisión de la presidenta Fernández de Kirchner, pero ésta resistió con gallardía los embates, tanto internos como internacionales, y sacó adelante su proyecto: 51% de las acciones para el estado argentino y el resto es capital privado argentino. Si preguntamos con candidez: ¿por qué eso está mal?, la

respuesta sólo puede ser: está mal si se le mide por medio de los mitos del sistema, pero es una magnífica decisión para quien aprendió a pensar de manera autónoma. Esto nos lleva directamente al escenario de la política mexicana, una política conducida exclusivamente por medio de mitos. No podemos evitar confesarnos: lo primero que sentimos cuando contemplamos nuestro panorama político es vergüenza y asco.

### III) *Los efectos políticos de los mitos*

Quizá debamos empezar por preguntar: a nosotros, los mexicanos, ¿en qué nos afecta la medida argentina? La respuesta tiene que ser matizada, pues tiene por lo menos una faceta económica y una política. Considerémoslas en ese orden.

No ha faltado el payaso ideológico (tanto en televisión como en radio) que pretenda hacernos sentir que, dado que Pemex tenía algo así como el 9 % de las acciones de Repsol, nosotros, los ciudadanos mexicanos comunes y corrientes, nos vimos afectados económicamente por la medida del gobierno argentino. El argumento es que es “nuestro” dinero lo que está juego. Que esto es una patraña indigerible se muestra tan pronto preguntamos: ¿cuándo fue nuestro (*i.e.*, del ciudadano medio) el dinero que Pemex, sin nuestro consentimiento, invirtió en Repsol? ¿Cuándo y cómo en concreto nos hemos beneficiado todos y cada uno de los ciudadanos mexicanos gracias a los turbios manejos de los jefes de Pemex? Que la empresa sea mexicana no quiere decir que su capital sea “de nosotros”! Esa clase de argumentos reaganianos son de lo más ridículo que pueda haber. Todo mundo está enterado de que el dinero de Pemex es el de una empresa mexicana manejada con total falta de transparencia. Aparte de los miles de millones que Pemex le entrega a Hacienda (y sin los cuales no sé realmente cómo sobrevivirían los gobiernos): ¿en dónde están los otros millones con los que se queda el sindicato? Cuando se descubren fugas y robos de gasolina o petróleo: ¿se rasgan las vestiduras los comentaristas diciendo que “nos están robando nuestro dinero”? Claro que no. Es obvio, pues, que se trata una vez más de la usual forma fácil, hipócrita y falsaria como nos entregan los hechos (fenómeno frente al cual empezamos ya a sentirnos inoculados: no les creemos nada y más bien creemos lo contrario!), siempre en concordancia con los mitos en circulación. Pero asumamos que en efecto se trata de “nuestro” dinero. En ese caso, el que se recupere o no la inversión dependerá del valor de las acciones, puesto que estamos en el mundo del libre mercado y nada allí depende de las decisiones del gobierno argentino, salvo por lo que éste obligue a Repsol a pagar por los daños ocasionados a la nación argentina. Si por las aventuras financieras y casi secretas de los mandamases de Pemex esta empresa pierde dinero del patrimonio nacional: ¿son los argentinos, que sólo cumplen con su deber patriótico, culpables o más bien son culpables los irresponsables policy-makers mexicanos? La respuesta es tan evidente de suyo de manera que hasta un niño la extrae, así que me ahorro su formulación.

La decisión argentina, sin embargo, sí nos afecta políticamente y nos duele sólo que, por así decirlo, indirectamente. Recordemos, primero, que no hacía ni un año que Pemex, y a través de Pemex el gobierno mexicano y el pueblo de México, fueron humillados por los españoles quienes simplemente se negaron a permitir que su socio mexicano incrementara su participación en Repsol. Las “razones” que esgrimieron, yendo abiertamente en contra de su propia demagogia del libre mercado, libre empresa y demás, eran de corte eminentemente político y básicamente se reducían a la idea de que la potencial expansión de Pemex atentaba contra los “intereses estratégicos de España”. O sea, ellos estaban en contra de la mexicanización de la empresa, de su globalización. Son ciertamente más patriotas de lo que parecen! Pero entonces ¿para ellos sí valen las razones de carácter político y anti-mercantilistas y para nosotros no? Independientemente de ello, lo interesante es entender cómo, con ese trasfondo, nos afecta a nosotros la decisión de la valiente presidenta argentina. Lo hace sin buscarlo, poniendo al descubierto el carácter superlativamente lacayuno de los gobernantes mexicanos, de quienes supuestamente fueron elegidos (quizá habría que decir ‘ungidos’, por el modo como nos tratan) para defender los intereses de la nación. El presidente y sus colaboradores, entre ellos ni más ni menos que la aspirante a la presidencia de la República, se alinearon con los españoles, exactamente como se hace frente al amo, frente a esos mismos que nos exportan su desempleo (en bancos por ejemplo, corriendo a mexicanos y trayendo cada vez más a empleados españoles) y que extraen de nosotros todo cuanto pueden, igual que hace cuatro siglos. ¿Quién se atrevería a defender la conducta de los bancos españoles en México? Nos cobran casi hasta por pisar sus instalaciones! Así, la decisión argentina indirectamente nos golpea, y fuerte, porque deja en claro la diferencia que hay entre un gobierno con dignidad y uno que gusta de auto-humillarse. En lugar de alabar y de defender lo que es una medida políticamente valiente, económicamente viable, bien pensada, un ejemplo para toda América Latina, el presidente de México de manera vergonzosa prácticamente se arrodilló ante quien él parece considerar como a su amo, con declaraciones hasta ofensivas, auto-degradantes y políticamente miopes. En condiciones así: ¿cómo no ver en Calderón y en Rajoy a Moctezuma y a Cortés, respectivamente? La Malinche, me parece, queda perfectamente bien identificada. Sólo falta nuestro nuevo Cuauhtémoc, aquel que tan pronto aparezca en nuestro escenario sabremos honrar con nuestro pensamiento y nuestra acción.